

LA HORA DEPORTIVA de JOSE ANTONIO

El volante y la naturaleza.

Quizá fuese de sus facetas deportivas «la más inédita». Todos sabíamos del volante de su automóvil y de sus frecuentes visitas a aquel «Auto-Reparación»—ruido continuo y dinamismo—, donde él maridaba las disertaciones de orden técnico con aquellos breves discursos de transformación social, cuya alucinante elocuencia dejaba estupefactos a los mecánicos que le rodeaban. Todos quizá sepamos de su campo y de su montaña. De sus días cinegéticos, metido entre los brezos montaraces de Bohoyo, a un paso de la tierra feraz de El Barco de Avila. De sus acechos de la «capra hispanica», allá en las duras vertientes de Gredos, el circo erguido, agudo y húmedo de nieve, a la espalda, y en la llanada, lejos, el gótico de Avila de los Caballeros. Aún quedan allá infinitas gentes sencillas que evocan descansos de duras jornadas a la lumbre de la gran campana castellana y recuerdan palabras con prestigio profético sobre un destino por el que España hoy desliza su ventura. Aún se les dibuja en el recuerdo la silueta de noble raza de un joven cazador embebecido al puro contacto de la Naturaleza. Todo eso y más sabíamos nosotros.

Nadie ignora tampoco su pericia,

cuando en las aguas cloradas y limpias de las piscinas madrileñas se adiestra al lado de su inseparable Manuel Valdés.

Exterior izquierda bajo los rojos.

A todos, también, nos son familiares aquellos partidos de balompié jugados por el capitán con los equipos de su vieja guardia tras de crueles bardas de fábrica hostil, en los cortos asuetos de los frecuentes cautiverios.

Todos recuerdan y saben de José Antonio su rango de exterior izquierda al lado de Moriones y de su amor propio cuando algún experto le quitaba momentáneamente el pleno dominio del balón. Eso y más, decimos, sabíamos nosotros.

Recuerdo del frontón.

Pero pocos, en cambio, sabían de aquellas partidas de pelota a pala en las canchas del Madrid F. C., en esas generosas primaveras prematuras de un Madrid ciudad de lilas y de albahacas. Pocos las conocían. Quizá por ser un paréntesis demasiado breve en medio de la mañanera labor cotidiana. Cada día, una bella estampa matritense soleada y riente, con azules blanqueados de nieve en la lejanía guadrarameña y en primer término los chopos estremecidos del canalillo.

No quisimos hoy remover un recuerdo tenue, respetuoso, con las agudas aristas de muchos datos «a lo reportaje». Lo preferimos así, experto y fuerte, entrenador al lado, juego dinámico de pantalones blancos, frente a la cancha tibia de castellano sol, donde se prueba y mide más rudamente la presencia física del español. Lo queremos así. Difuminado y blando su recuerdo en la feroz Ausencia inevitable.

Olvido momentáneo de la función misional.

En aquellos momentos de agitación física, breve reposo cotidiano de esa vida urgente y activa, intensamente intelectual, de ser que Dios destina al mayor simbolismo de la Patria, José Antonio se despojaba, física y moralmente, de todos sus

ropajes de hombre jurídico. Era un olvido pasajero de la misión impuesta trocada en la ágil despreocupación deportiva de media hora. El grato golpe doble de la pelota lanzada y recogida por el diedro de asfalto del frontón era como el minuterero que marcase su obra deportiva. Pero Madrid, con todos sus anhelos e inquietudes, esperaba tras la cortina tupida y rápida de la fresca ducha para recuperar esos breves minutos hurtados a la alta misión del pasaje histórico.

Otra vez el volante.

En el volante ya, rumbo a la ciudad, se arrastraba aún la conversación del asueto reciente. Breve espacio, en el que todavía no se hablaba de España. Quedaba atrás entonces la guardia vertical de los chopos del canalillo, y lejos, al fondo, la estampa velazqueña del Guadarrama confundida en el azul del cielo. La transformación total era en plena ciudad, sobre el asfalto tórrido y espejeante de la avenida en aquellas mañanas de bonanza primaveral. Por la misma calzada donde, por obra de aquel signo distante, en presencia espiritual siempre ante nosotros, España presenciaría luego sus desfiles.

RAFAEL LOPEZ IZQUIERDO

